

el arco de Marco Aurelio, cuyos preciosos bajo-relieves están en la escalera del palacio de los Conservadores en el Capitolio; el palacio Verospii, decorado también con excelentes frescos; el palacio Chigi (familia de Alejandro VII), que contiene cuatro salas de cuadros notables de las escuelas italianas, una colección de dibujos originales de los artistas más célebres, y una biblioteca rica de preciosos manuscritos griegos, latinos é italianos; el palacio Sciarra-Colonna, el más bello, sin duda, del Corso, con una buena galería de cuadros, entre los cuales resaltan por su mérito el *Tocador de violín* de Rafael de Urbino (año 1581), que, con ser una sola figura, bastaría para acreditar en su autor la gloria de príncipe de los pintores; el *Amor conyugal*, de Annibal Caracci; los *Jugadores* de Miguel Ángel Caravaggio; la *Magdalena*, de Guido Reni; un retrato de mujer, por el Ticiano; la *Modestia* y la *Vanidad*, por Leonardo Vinci, y multitud de paisajes, que llenan una sala, y con una colección de estatuas, entre las que son de admirar dos en bronce: una grande, que representa al emperador Septimio Severo, y otra pequeña, que figura Arpócrates, dios del silencio. Junto á este palacio Sciarra estuvo el gran arco de triunfo elevado á Claudio por el senado y el pueblo romano, despues de la conquista de Bretaña, é inaugurado el año 49 de nuestra era: sigue en orden topográfico el palacio Doria (antes Pamphili), uno de los más grandiosos de Roma, del cual es como capilla aneja la iglesia colegial de Santa María *in via Lata*, de que ántes hicimos mérito: este palacio, que tiene dos, y aún pudiera decirse tres fachadas, posee una de las más ricas galerías de cuadros, que en Italia pueden visitarse: diez cámaras y tres de las cuatro alas de un vasto corredor ostentan seiscientas ó más obras, en lienzo ó tabla, correspondientes á varias escuelas, en especial las italianas y aún la flamenca y la francesa. La nuestra está únicamente representada por un retrato de Inocencio X, que se atribuye á Velazquez, y es considerado como una de las principales joyas de la galería. La plaza de Venecia, donde termina la del Corso, está literalmente rodeada de palacios: el de Venecia, que le da nombre, fué edificado en el siglo xv, por Paulo II, con materiales sacados

en gran parte del Coliseo, y fué en algun tiempo morada de los Papas y castillo fuerte, como indican las almenas que lo coronan: cedido al Austria, sirve de residencia al embajador de este imperio. La inmediata iglesia de San Márcos, construida por el Papa San Márcos I en honor del evangelista de su nombre, ha sido objeto constante de la generosidad de los Cardenales y embajadores venecianos, cuyos sepulcros en gran número guarda. Enfrente del palacio de Venecia está el de Florencia, también notable por su riqueza de ornamentación, por sus cuadros y sus obras de escultura: á la izquierda del Corso, cerca de la iglesia ya descrita de *SS. Apostoli*, está el palacio Colonna, construido por el Papa Martino V, inmensa mole, que descansa en la falda del Quirinal, y que encierra también una galería de cuadros muy estimables, y un gran salón en bóveda, que contiene, pintada al fresco, la batalla de Lepanto, en que un insigne Colonna compartió con nuestro valeroso don Juan de Austria los laureles de aquella victoria, que acabó para siempre con el poder del islamismo.

Para terminar esta reseña de monumentos nuevos con el recuerdo de uno antiguo de los más curiosos, caminemos algunos pasos por la antigua *Via Lata*, y cruzando los umbrales, imaginarios ya, de la puerta Ratumena, al pié del Capitolio, detengámonos un momento delante del sepulcro de Cayo Publicio Bibulo, que aunque mutilado, ennegrecido y cubierto en gran parte por la tierra, es una de las obras que á la Roma moderna dan noticia de la Roma de la República. Ya en el exámen rápido de los monumentos antiguos hicimos algunas indicaciones acerca de éste, tanto más estimable, cuanto que sirve de dato fijo y punto seguro de mira para la historia del arte: comparado con el de los Scipiones, no es difícil apreciar en el sepulcro de Bibulo que el gusto griego se viene á toda prisa; que el lujo arquitectónico y escultural empleado en una obra, que no es de utilidad pública como la cloaca, ni de culto religioso como los templos, acusa ya un cambio notable en las costumbres; la honra misma especial otorgada al edil de la plebe demuestra una inclinación visible á cierto *aristocratismo*, que trasciende más allá de la vida. El sepulcro de Bibulo,

con su lujo de órdenes dórico y jónico, y tan cerca del Capitolio y del Foro, parece un presagio fúnebre para las instituciones romanas: diríase que anuncia las espléndidas construcciones de Pompeyo y de César, los pórticos, las curias y los palacios, que fueron sepulcro de la república.

XII.

La calle, que partiendo de la plaza del *Pópulo* sigue en dirección más próxima á la orilla del río, llámase de *Rippetta*, por el pequeño puerto que tiene sobre el Tiber; y se extiende, cambiando luégo de nombre, hasta penetrar en el antiguo Campo Marcio (cuya denominacion llevan todavía una calle y plaza de las que atraviesa), terminando en la plaza de San Luis de los Franceses, esto es, en las antiguas construcciones de Agripa y de Neron, cerca del Panteon y de las termas y del circo Agonal, ó sea plaza Navona. En este largo trayecto de la calle de *Rippetta* son dignos de notarse los restos del mausoleo de Augusto, la iglesia de San Roque; el puertecillo, siempre animado por la carga y descarga de las barcas que hacen la travesía; la iglesia de San Jerónimo, llamada *degli Schiavoni*, colegial de sacerdotes *illirios*; el palacio *Borghese*, con sus tres fachadas, comenzado por el Cardenal Deza y engrandecido por el Papa Paulo V (*Borghese*) para residencia de su familia, y con su galería de cuadros, que no cede en número á ninguna de las de Roma, puesto que se eleva á 1.700 tablas y lienzos. Entre las obras de escuela italiana sobresale la deposicion en el sepulcro del cuerpo de Jesucristo, por Rafael de Urbino, último cuadro que el gran artista pintó antes de su viaje á Roma (1507); es decir, dulce y espontánea manifestacion del genio, influido aún por las inspiraciones de Peruggia y Florencia, prodigio de arte, en que los sentimientos más fuertes y profundos se revelan con las líneas más suaves y delicadas. *El amor sagrado y el amor profano*, una de las obras en que el

pincel de Ticiano alcanzó á mayor altura, y la famosa *Danae* del Coreggio, y la *Caza de Diana* del Dominiquino, llaman con preferencia la atencion de los inteligentes. Respecto á la escuela española, la misma ausencia que en casi todas las galerías de Italia: alguno que otro cuadro de Ribera se ve incluido en las colecciones pertenecientes á la escuela napolitana.

Siguiendo la prolongacion de la calle de *Rippetta*, en vez de tomar la de la derecha, que conduce al teatro lírico *Tordinona* (el primero de los de Roma, llamado tambien de Apolo), y al Puente Sant Angelo, muy cerca ya de la plaza de San Luis, con sólo desviarse algunos pasos, se llega á la magnífica iglesia de San Agustin, que ostenta la cúpula más antigua de Roma, y que guarda bajo el altar de una lindísima capilla el cuerpo de Santa Mónica, ¡las reliquias de la madre en la iglesia consagrada al culto del hijo! Sobre la tercera columna de la nave central se ve el famoso fresco de Rafael, que representa el profeta Isaías (pintado en 1512), obra admirable, que mantiene bien la competencia con las de Miguel Ángel en la capilla Sixtina: junto al muro de entrada está la Madonna con el Niño, escultura de Sansovino, enriquecida con numerosas ofrendas y *ex votos*. En el contiguo monasterio de padres agustinos hállase, abierta al público, la biblioteca *Angélica*, así llamada del benemérito prelado Angelo Rocca, que la fundó, acrecentado luégo su caudal con las copiosas librerías de Lucas Obstenio, de Enrique Noris, y sobre todo, del sabio Cardenal Pasionei, es hoy, despues de la Vaticana y la Casanatense, la más respetable de las bibliotecas públicas de Roma: pasarán de cien mil sus volúmenes impresos, y se acercan á tres mil los manuscritos, entre los cuales existen algunos códices muy interesantes para la historia y para la filología.

XIII.

La calle que, partiendo de la extremidad izquierda de la Plaza del Pópolo, sigue paralela á las del Corso y *Rippetta*, y á la corriente del Tiber (calle del Babuino), desemboca en la plaza de España, el barrio preferido de los españoles, donde está el palacio de la embajada de sus reyes, y donde se levanta la columna monumental del misterio de la Concepcion inmaculada de María, cuyo pedestal guardan las estatuas de Moisés, David, Isaías y Ezequiel. La estatua en bronce de la Virgen, que domina el monumento á 29 metros de altura, preside y corona aquel bello cuartel, que lleva el nombre de España, como el culto de la Virgen y la devocion al misterio, cuya declaracion dogmática recuerda el gran monolito de mármol, brillan en la historia y resaltan entre los gloriosos timbres de esta nacion magnánima, hoy sumida en desventura. Una fuente caprichosa de Bernini, que representa una barca (la *Barcaccia*), decora y embellece esta plaza, en la cual se abren cinco calles, que la ponen en comunicacion con la del Corso. Entre ellas, la más espaciosa y espléndida por sus construcciones es la de *Condotti*, muy concurrida de extranjeros y rica en comercios y bazares de joyería, objetos de bellas artes y antigüedades; y á cuya extremidad, tocando en el Corso, está el convento español de trinitarios calzados, construido, hácia la mitad del siglo último, á expensas de Fr. Diego Morcillo, arzobispo de Lima, y virey de España en sus Indias Orientales. Tiene aneja una preciosa iglesia de forma elíptica, con seis altares á los lados, y el mayor en el fondo: un arquitecto español, Hermosilla, dió los dibujos para todos los estucos que forman los adornos del templo y los de los altares: otro español, Preciado, director que fué de nuestra academia en Roma, y presidente de la de San Lúcas, pintó el estimable cuadro de la Con-

cepcion, que está en el tercer altar; de Antonio Velazquez son los frescos de la cúpula y de los lados de la capilla mayor, y el *Buen Pastor*, en el inmediato altar de la izquierda. La comunidad se compone enteramente de españoles.

En el fondo de la plaza de España, y terminándola por su lado del Sur, está la fachada principal del colegio urbano de *Propaganda Fide*, vasto edificio del siglo xvii, que representa una de las más admirables instituciones de la Iglesia católica: aquél es el verdadero plantel y seminario de útiles colaboradores de la paz y el bienestar de los pueblos: allí se educan jóvenes de todas las naciones, señaladamente del África y del Asia; se cultivan casi todas las lenguas habladas en las regiones más remotas, y se preparan, en fin, sucesivas generaciones de misioneros, que lleven á todas partes la luz de la verdad y los gérmenes bienhechores de la única civilizacion sana y fecunda. La imprenta de *Propaganda* ha proporcionado, en el transcurso de dos siglos, inmensos beneficios al estudio de la filología y de las letras orientales, mediante la publicacion correcta de multitud de obras, que han cundido por Europa, y que son tenidas en mucho por los sabios.

Junto á la fontana de *Bernini*, dando frente á la via de *Condotti*, se levanta y se abre en anchurosas alas una singular escalinata de piedra, compuesta de ciento veinticinco escaleras, compartidas en tramos suaves y en rellanos tan espaciosos y dilatados, que forman á modo de plazuelas con espléndidas balaustradas, hasta llegar á la colina del Pincio, sobre la cual aparece la iglesia francesa de la Trinidad *di Monti*, fundada á fines del siglo xv por Carlos VIII, hoy encomendada á las señoras *institutrices* del Sagrado Corazon. Corona aquella altura un obelisco, que se cree de la época de los Antoninos, y que un tiempo sirvió de adorno en el circo de los famosos jardines de Salustio, luégo imperiales, que fueron destruidos por las turbas de Alarico. Pío VI hizo restaurar este obelisco de granito egipcio y erigirlo en la plaza de la Trinidad, levantando á 45 piés de altura sobre esta eminencia, de las más conspicuas de la ciudad eterna, una gran cruz metálica, que contiene fragmentos del *Lignum Crucis* y reliquias de San José, de San Pe-

dro, de San Pablo, de San Pío V, de San Agustín y de San Francisco de Paula.

El espacio, que ahora ocupan la Trinidad y la villa Médicis (academia francesa de pintura y escultura), perteneció en remotos siglos á los tan renombrados jardines de Lúculo, el vencedor de Mitrídates, que valieron á la colina el dictado autonómástico de colina de los Jardines. No léjos estuvieron, de una parte los de Domicio, donde Neron fué enterrado; y de la otra los de Salustio, que tenian su principio en las inmediaciones del Quirinal, y á los cuales los de Lúculo servian como de continuacion. Fueron éstos tristemente célebres por la muerte trágica de Cayo Valerio Asiático, su segundo dueño, sacrificado á una calumnia de Mesalina, que ansiaba hacer propiedad suya los jardines, que pasaban por más bellos de Roma, para llenarlos con el escándalo de aquellas orgías y depravaciones, que Tácito describe, y que prepararon á la impúdica mujer de Claudio el mismo desastroso fin, que su codicia proporcionó á Cayo Valerio, en los mismos jardines que sirvieron de móvil á su calumnia y de teatro á sus vicios.

En los primeros siglos de la era vulgar empieza á conocerse la denominacion de *pinciana*, aplicada á casa y luégo á colina, sin duda de un senador *Pincius*, de quien seguramente la historia no ha tenido grandes cosas que decir: en un documento de la Edad Media se habla del monte *qui dicitur Pinzi*. Las generaciones sucesivas le han confirmado en el nombre de Monte Pincio, y la actual se cuida ménos de indagar hácia dónde cayó la casa del senador que trasmitiera su nombre á la colina, que de buscar en ella luz y calor en los dias apacibles del invierno, fresca brisa y ambiente embalsamado en las tardes de la primavera y del estío.

Porque, á pesar de tantas y tan magnificas villas, de contornos tan pintorescos como Roma tiene, cuando sus habitantes se deciden á abandonar las estrechas aceras del Corso, que han reemplazado á los pórticos antiguos, á pié ó en coche se dirigen con preferencia á las alturas del Pincio, donde parece que se respira mejor y que el espíritu se mece en una alegría indefinible, dominando de una mirada las ruinas imponentes de la

Roma antigua y los centenares de cúpulas de la moderna.

El Pincio no se parece al Bois de Boulogne, ni á los parques de Inglaterra, ni á la villa Real de Nápoles, ni al Prado de Madrid; no tiene las proporciones ni la forma de esos paseos, y sin embargo, es más deliciosamente original que todos ellos: por su variedad de subidas y de vueltas y de replanos, por sus trofeos y adornos esculturales, por sus fuentes y sus macetas de flores, puede considerarse como una gran terraza, como la habitacion superior y al aire libre de un inmenso palacio. ¿Qué otra cosa parecen el largo balcon de piedra, que da sobre la plaza del Pópolo, y el antepecho que domina la villa Borghesse? Ciertamente que los carruajes no pueden recorrer largas distancias, ni la vista descubre prolongadas y monótonas alamedas; pero la vária é ingeniosa disposicion de plazuelas y jardines, á que dan sombra los árboles corpulentos, y fresca las fuentes, y cierta entonacion aristocrática los bustos de hombres ilustres, ofrece espacio y comodidad á los concurrentes de á pié, cuyo ameno recinto guarnece y rodea, en ordenadas filas, una multitud de coches de todas calidades y fortunas. En el Pincio, cerca del moderno y poco notable *Casino*, situado sobre su mayor altura, hay un obelisco, el más moderno de los conocidos en Roma y el más recientemente restaurado. Perteneció á la época de Adriano, y lleva escrito el nombre de Antinoo: estuvo un tiempo en los jardines de Eliogábalo, adornando la *Spina* de su circo: en 1822, el Papa Pío VII mandó colocarlo en el lugar que hoy ocupa. En la plaza, que pudiera decirse central de esta risueña colina, bajo la sombra apacible de una palmera frondosa, las músicas militares de Roma aumentan con su armonía los naturales encantos del sitio y el paseo. Entónces tiene más aire de familia la apiñada concurrencia del *Parterre*.

Hay, sin embargo, un momento, en las tardes del Pincio, en que se descubre con mayor claridad y con más viva emocion el espíritu comunicativo y fraternal, predominante en aquella multitud, que habla variedad de lenguas, que viene de lejanas regiones, y que se confunde, sin embargo, en un sólo sentimiento de simpatía y de amor. Que la llegada de un batidor ó

de un guardia noble á caballo, por cualquiera de las avenidas del Pincio, indique la proximidad del Pontífice, y luégo al punto, movidos por un secreto impulso, aquellos centenares ó millares de personas se apresuran en todas direcciones, invadiendo y llenando las calles de árboles y los bosques y jardines, para arrodillarse en doble y dilatado cordon á los lados del camino, que va recorriendo con su modesta comitiva el soberano más respetable de la tierra. Hay en esta manifestacion de respeto y de cariño algo que no pueden comprender, por su desgracia, las almas atribuladas bajo el peso de la duda ó de la incredulidad. No es dado á los poderes humanos penetrar tan hondo en el corazon de las muchedumbres: el espectáculo de un santo anciano, que bendice con ternura, que á todos llama hijos, y á quien todos llaman padre, difunde un ambiente de noble fraternidad, que en pocas partes podrá respirarse tan puro como en esta colina, cuando el Padre de la gran familia católica se digna pasear entre sus hijos, convirtiendo las posesiones imperiales, que la Roma pagana llenó de iniquidad y de oprobio, en jardin apacible, propiedad de todos, donde buscan y hallan honesta recreacion los moradores de la Roma pontificia.

Si, apartándonos un instante de las estrechas calles y de los amenos laberintos, por donde pasean sus ilusiones y sus inquietudes los corazones jóvenes, y sus desengaños y amarguras los corazones marchitos, buscamos reposo á la caida de una tarde serena de invierno, ó brisa al anoecer de un dia de verano, en la galería de la terraza, ¡qué magnífico cuadro se desenvuelve á nuestros ojos! ¡qué singular panorama abruma á un tiempo mismo la memoria y el entendimiento! Por allí han pasado las razas y los siglos y las generaciones: desde allí pueden recorrerse las épocas de la historia desde Rómulo hasta nuestros dias: cada altura guarda la tradicion de un falso culto, cada monton de ruinas trae el recuerdo de algun tirano; cada cintura de murallas ofrece en perfecta cronología la negra historia de la servidumbre. Hoy, sobre las murallas rotas, y los escombros calcinados, y las colinas desiertas, en columnas y en obeliscos y en bóvedas, álzase por todas partes el signo de

la cruz, como lábaro misterioso de triunfos más duraderos que los de Scipion y Julio César. Todo anuncia la feliz regeneracion obrada por la palabra, más eficaz que el hierro y el furor de los ejércitos: el sol, que brilla en los confines del inmenso y limpio firmamento azul, parece que se deleita en dirigir su última radiante mirada á la cúpula gigantesca de San Pedro, como si sintiera despedirse de esta maravilla, la obra ménos imperfecta que el genio de los hombres ha sabido consagrar á la gloria de su Dios.